

EL DISCURSO VERDADERO CONTRA LOS CRISTIANOS

CELSO



Clásicos de Grecia y Roma
Alianza Editorial

CELSO

EL DISCURSO VERDADERO CONTRA LOS CRISTIANOS

Introducción, traducción
y notas de Serafín Bodelón



El libro de bolsillo
Clásicos de Grecia y Roma
Alianza Editorial

Primera edición en «El libro de bolsillo»: 1988

Primera reimpresión: 1989

Primera edición, ampliada y revisada, en «Biblioteca temática: Clásicos de Grecia y Roma»: 2009

Diseño de cubierta: Alianza Editorial

Proyecto de colección: Rafael Sañudo

Ilustración: Rafael Sañudo

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1988, 1989, 2009

© de la traducción, introducción y notas: Serafín Bodelón García

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15;

28027 Madrid; teléfono 91 393 88 88

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-206-5070-8

Depósito legal: M. 29.970-2009

Composición: Gráficas Blanco

Impreso en Efca, S.A.

Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

INTRODUCCIÓN: AMBIENTE SOCIAL Y RELIGIOSO EN EL SIGLO II D. C.

El Estado, según Platón, no es nada más que una asociación de iguales, que buscan en común una existencia feliz y tranquila.

F. de Coulanges, *La ciudad antigua*

[Pero los cristianos vinieron a destruir esa norma, a romper todas las reglas de juego, y a derruir el Imperio Romano].

Las dudas de Plinio y de Tácito

Plinio el Joven abrigaba dudas respecto a la conducta de los cristianos y los castigos que deberían imponerse a sus incumplimientos de las normas del Estado romano. Era Plinio gobernador de la provincia de Bitinia en Asia, y el hispano Trajano, nacido en Itálica, junto a la actual Sevilla, gobernaba el Imperio. Corría el año 113 d. C. y Plinio dirige una carta al emperador (*Epistolae*, IX, 96)¹. En ella pide instrucciones sobre los cristianos. Muchos eran denunciados incluso por anónimos. Plinio escribe: «La gente afirma que la mayor de sus culpas consiste en que se reúnen determinados días, antes del alba, a cantar juntos un himno² a Cristo, como a un dios». Y pregunta si debe perseguir sus crímenes o si basta con que sean cristianos. Plinio comunica a Trajano que lo que está haciendo, en calidad de gobernador de la provincia, es lo siguiente:

Que se escuche a todos los acusados para ver si son cristianos o no.

Que se les inste a que abandonen su fe, si son cristianos.

Que se les aplique la pena de muerte, si persisten y no son ciudadanos romanos.

Que sean enviados a Roma para continuar el proceso, si persisten y son ciudadanos romanos.

Trajano responde con su célebre *Rescriptio*³ diciendo:

Conquirendi non sunt; si deferantur et arguantur, punendi sunt.

[No han de ser buscados; si fueren traídos y fuesen culpables, que sean castigados.]

Y Trajano puntualiza:

Que no se debe acosar a los cristianos por el simple hecho de serlo.

Que las denuncias anónimas no deben ser tenidas en cuenta.

Que si alguien es acusado, debe ser oído en juicio.

Que si alguien, acusado de ser cristiano, invoca a los dioses romanos, ese alguien debe ser perdonado.

No cabe mayor magnanimidad por parte del emperador; ni cabe mayor ecuanimidad por parte de un gobernador que abriga dudas y desea despejarlas, consultando a su superior. También Epicteto reprocha a los cristianos que van neciamente a la muerte (*Dissertationes*, IV, 7.6). Ello supone que hubo duras medidas contra los secuaces cristianos, como también las presupone la observación de Plinio en su carta a Trajano (*Epistolae*, IX, 96); en efecto, argumenta que muchos dicen que ya hace veinte años que han dejado de ser cristianos; Fishwick, y otros autores como Jhoson⁴, aluden claramente a la «conspiración de los delatores», y

algo similar sugiere Manns. Ya Dión Casio (*Historiae*, 67, 14, 1-2) cuenta que en tiempos de Domiciano fueron acusados y condenados por «ateísmo» el cónsul Flavio Clemente y su esposa Domitila⁵; el crimen por ellos cometido, asegura Casio, fue el de *asebeia* (impiedad), a la que conjuntamente va unido el delito de *laesa maiestatis* (o lesa majestad contra el emperador, como descendiente de los dioses). Téngase en cuenta que pocos años antes, hacia el año 107, un hecho había conmovido Roma y sacudido el Oriente, la muerte de Ignacio de Antioquía, martirizado en Roma. Ya próximo a la muerte escribió varias cartas a las *Eclesias* de Asia y de Roma, lo que parece demostrar que existían asambleas de cristianos, más o menos bien organizados, al menos en Roma y en Asia. Y si así estaban las cosas a inicios de aquel siglo II, a finales del mismo siglo o inicios del siguiente Tertuliano se permite escribir en su Apologético (*Apologeticum*, 37.4) lo siguiente:

Hesterni sumus et orbem iam et omnia uestra impleuimus...

[Somos de ayer y hemos llenado ya el orbe y todo lo vuestro: vuestras ciudades, islas, pueblos, fortificaciones, e incluso las tribus, palacios, campamentos, foros y hasta el Senado. Os dejamos solamente los templos.]

¿Qué había pasado para que, en sólo un siglo, los cristianos se hubieran esparcido por doquier, según proclaman ellos mismos? También, por supuesto, lo evidencian sus adversarios, los paganos, quienes denuncian a los cristianos como una banda peligrosa y facciosa para el Estado y una subversión contra el Imperio Romano. Quizás el primer personaje importante en llamar la atención sobre tal hecho fue precisamente un amigo de Plinio el Joven, el historiador Tácito. Am-

bos mantuvieron correspondencia, pues Tácito quería conocer datos sobre la muerte de Plinio el Viejo, muerto a consecuencia de la famosa erupción del Vesubio que sepultó Pompeya y Herculano. Pues bien, Tácito escribe (*Annales*, XV.44)⁶ hacia el año 100 d. C. lo siguiente sobre los cristianos:

Por entonces se originó de nuevo la perniciosa superstición, no sólo por Judea, origen de tal mal, sino también por la urbe, adonde acude y se celebra cuanto de atroz y vergonzoso hay por cualquier parte.

Tácito, pese a ser tan amante de investigar las causas de los hechos, confunde a judíos y cristianos, creyendo que son una misma facción. No conoció bien Tácito a los cristianos de entonces, pero sí a los judíos, como demuestra en el Libro V de sus *Historias* (*Historiae*, V, 1)⁷. Cuenta allí Tácito la conquista de Jerusalén por las tropas de Tito. Pero, como es bien sabido, Tácito gusta de digresiones de sabor costumbrista y añade previamente una introducción sobre el origen, costumbres y ritos de los judíos. Así nos cuenta la estancia de los hebreos en Egipto, cómo tuvieron que huir, pues el oráculo de Amón les había declarado culpables de la peste existente; narra luego cómo Moisés⁸ se hizo su cabecilla en la travesía del desierto y cómo les dio una nueva religión y un templo:

Les dio nuevos ritos, contrarios a los de otros hombres. Pues les son a ellos profanas todas las cosas que nosotros tenemos por sagradas; y por el contrario se les dan las que a nosotros se nos prohíbe... Toda la gente malvada y facinerosa, menospreciada la religión de su patria, lleva allí ofrendas y tributos... Aborrecen a todos los que no son de su gente como a enemigos mor-

tales... Instituyeron el circuncidarse para ser conocidos por esta diversidad. Los que se pasan a sus costumbres hacen lo mismo. A éstos lo primero que se les enseña es el menosprecio hacia los dioses.

Las obras de Tácito fueron muy leídas y sin duda la intelectualidad pagana de aquel siglo II, que ahora comentamos aquí, conoció a Tácito. Murió en el año 120 d. C. y su prestigio, autoridad e influencia fueron enormes, y pesaron mucho en los escritores venideros contrarios al cristianismo. Habla del «dios único» de los judíos, del río Jordán y del mar Muerto, «donde nadan sin hundirse los que saben y los que no saben nadar»*. Cita a Jerusalén y su triple muralla, así como al templo de inmensa riqueza. Y seguidamente Tácito, cuando considera haber hablado ya bastante sobre las costumbres «de esa gente supersticiosa y ajena a toda ley», inicia la narración y descripción de la guerra llevada a cabo por Tito, sitiando en «la capital a un millón y cien mil personas, contando las mujeres y los niños»**. Pero Tácito, el más importante historiador latino, no cita a Cristo ni a los cristianos, al reconstruir la historia hebrea hasta la toma de Jerusalén por Tito. Y Tito murió el año 81 d. C. Tan sólo cita a los judíos. De ello infieren algunos la no historicidad de Cristo y hablan de la fabricación del mito de Cristo⁹. Sin embargo,

* C. Colonna, Tácito. *Historias*, Madrid, 1965; p. 219; es una clara alusión a la falsedad del milagro de que Cristo flotaba sobre las aguas. Y en la página 220 habla del rey Herodes, «cuyo reino dado por Antonio, se lo confirmó el vencedor Augusto».

** C. Colonna, *op. cit.*, p. 223, añade a continuación: «Era la obstinación igual en hombres y mujeres, y común la resolución de escoger antes la muerte que la vida, si se les obligaba a dejar su patria».

frente a los que así opinan, se puede objetar que Tácito¹⁰ sí citó a los cristianos y a Cristo: a propósito de los sucesos del año 64 en Roma escribe en los *Annales*:

Nerón les consideró culpables y ejecutó con tormentos muy selectos a quienes, odiados por sus actos nefandos, el vulgo llamaba cristianos. El fundador de esta facción, que se llamaba de nombre Cristo, había sido condenado al suplicio por Poncio Pilatos, procurador durante el reinado de Tiberio.

Algunos, como Doherty, creen que fue un personaje más mítico que real, argumentando que Pablo siempre habló de un Jesús espiritual en el paraíso, pero no de un Jesús físico¹¹ y real en la tierra. Pero, además de la anterior cita de Tácito, también Suetonio, en su *Vita duodecim Caesarum*, hablando de la vida de Claudio (41-54 d. C.), constata que este emperador expulsó a los judíos de la ciudad de Roma por los disturbios producidos a causa de Cresto, que sin duda parece ser Cristo. Y ya vimos la cita de Plinio¹² donde indica que los cristianos «cantaban un himno a Cristo reunidos cierto día, antes del amanecer». Flavio Josefo por el año 90 en sus *Antiquitates* habla de Santiago, el hermano de Jesús, «al que llaman Cristo». No parece muy creíble la hipótesis de Doherty y otros que postulan la no historicidad de Cristo.

Los ataques de Frontón y Marco Aurelio

El intercambio epistolar entre Frontón¹³ y su discípulo Marco Aurelio, futuro emperador, «nos permite ver la notable transformación operada en la vida de Marco

Aurelio», escribe Albin Lesky*. En efecto, el sabio emperador veía dos tipos de enemigos adversos a Roma: los externos, que asolaban las fronteras imperiales; y los internos, que acechaban, carcomiendo las instituciones y minando el orden establecido. Entre los primeros estaban los partos en el Este, los marcomanos y los cuados en el Danubio. Entre los segundos se encontraba la peste, los seguidores de Mitra y los cristianos. Los cristianos comienzan a ser un problema grave para Roma en tiempos de Nerón. El célebre *Institutum Neronianum* decidió la siguiente cruda realidad: *christiani non sint*, «que no existan los cristianos». Eso cuenta Tácito en *Annales* XV, 44.5, al hablar del famoso incendio del año 63¹⁴ provocado por Nerón, pero del que culpó a los cristianos, «una superstición abominable», puntualiza Tácito, sumándose a la tesis «oficial». En cuanto a Mitra¹⁵, su culto había llegado de Cilicia con los soldados de Pompeyo, que participaron en la guerra contra los piratas. Al ritmo que le marcaba la correspondencia con su admirado maestro, el africano Frontón, Marco Aurelio reflexiona en sus *Meditaciones* en los siguientes términos, como apunta Jules Romain¹⁶:

La secta del toro de Mitra y la de ese agitador llamado Cristo, esos cultos, parecidos en el fondo, se difunden entre las masas que necesitan de lo maravilloso. En realidad sirven de tapadera a escenas orgiásticas, como bien afirma Frontón, espíritu pru-

* A. Lesky, *Historia de la Literatura Griega*, Madrid, 1968. Y añade Lesky: «Frontón y Herodes Ático se esforzaron en conquistarlo al principio para la retórica, pero la seriedad con la que interpretaba la vida le condujo a un camino distinto, a la Filosofía. Ella fue la compañera de la vida del soberano», p. 909.

dente y bien informado. Si, con el golpe de una varita mágica, pudiera yo hacer desaparecer esas sectas orientales, no habría perdido el tiempo.

Frontón fue el maestro educador de los príncipes Lucio Vero y Marco Aurelio. Su autoridad era, por lo tanto, grande ante sus alumnos cuando llegaron a controlar el poder. Y en un famoso discurso ante el Senado, Frontón daba por buenas las graves sospechas que el vulgo difundía contra los cristianos: desprecio de los dioses, onolatría, reuniones secretas, infanticidios..., y que en sus succulentos banquetes se entregaban a los peores excesos, incluso al incesto*. Frontón atacaba a los cristianos y sus depravadas costumbres. Jedin afirma que Frontón escribió una «obrita teórica» sobre los cristianos, que Marco Aurelio la leyó y sacó como conclusión un profundo desprecio hacia el cristianismo**. Estas graves acusaciones, vertidas pública y oficialmente por Frontón, parece que fueron creídas por un emperador tan justo, sensato e incluso sabio, como fue Marco Aurelio. Tales acusaciones las recogen más tarde

* H. Jedin, *Manual de Historia de la Iglesia*, Barcelona, 1980, p. 260. Añade Jedin que este ejemplo pone bien de manifiesto que la polémica de los hombres cultos aceptaba por buenas lo que las masas incultas propalaban sobre el ateísmo y falta de religión de los cristianos. Y puntualiza que tal pasaje de Frontón era conocido tanto por cristianos como por paganos.

** H. Jedin, *op. cit.*, pp. 157, donde puntualiza que «Marco Aurelio estaba más dispuesto a creer a su maestro Frontón, por quien sentía un vivísimo afecto». Supone Jedin seguidamente que fue en una carta, y no en un discurso ante el Senado, donde Frontón expuso al emperador sus objeciones contra el cristianismo. Pero la crítica se inclina más hacia un discurso ante el Senado, dada la gran repercusión del documento; si se hubiese tratado de una carta, habría quedado, al menos por entonces, en el ámbito privado.

los críticos al cristianismo, como Celso y como el pagano Cecilio en el diálogo titulado *Octavius* de Minucio Félix, como luego se verá. Los cristianos se tomaron muy en serio tales acusaciones, pues los apologetas posteriores trataron de defenderse de tales acusaciones con uñas y dientes, como hizo Tertuliano.

Frassinetti¹⁷ analiza lo que él llama «el primer documento conocido» de la reacción pagana contra el cristianismo. Se trata del discurso de Frontón contra los cristianos, calificado de «virulento» por el crítico italiano. Piensa Frassinetti que el famoso discurso contra los cristianos fue pronunciado por Frontón como respuesta a la *Apología* de Justino, escrita entre 163 y 165 d. C. Justino fue apresado y muerto en esa última fecha. Analiza Frassinetti la vida de Frontón y los hechos acaecidos que hubo de contemplar para poder llegar a la anterior conclusión. Frontón nació hacia el 134 d. C. El año 155 fue el martirio de Policarpo en Esmirna. En el 162 tuvo lugar el martirio de Felicitas y sus siete hijos. Por orden del prefecto estoico Junius Rusticus fue ajusticiado Justino el 165, como antes dijimos; este prefecto actuó por su cuenta; así que parecía haber una cierta rivalidad entre estoicismo y cristianismo. Es más, Justino había sido antes filósofo estoico en los pórticos de Éfeso, pero hacia el año 135 se pasó al cristianismo¹⁸. Justino era, pues, un «traidor» para los filósofos, y más concretamente un traidor al estoicismo. Así lo mandó ajusticiar un filósofo, y estoico para más detalles. Tanto unos como otros, estoicos¹⁹ y cristianos, se creían en posesión de la verdad y, por lo tanto, se sentían en el deber de propagar «su verdad».

En el año 142 y 151 hubo terremotos en Italia. En el 161 y 162 hubo en Roma una gran hambruna. Precisa-

mente el año 161 se iniciaba el gobierno de Marco Aurelio. Una gran peste, llegada de Oriente, asoló Roma entre 166 y 177. El año 177 vio morir a muchos cristianos, condenados a muerte en Lyon²⁰. Los cristianos muertos en Lyon procedían del Ponto y de Bitinia y se negaron a participar en las fiestas del culto imperial en la fiesta anual, celebrada en la capital provincial*. En 180 murieron los mártires scillitanos**. El odio contra las sectas venidas de Oriente iba *in crescendo*, pues precisamente de Oriente había venido la peste. Y los condenados en Lyon eran inmigrantes llegados de Oriente.

* M. Leglay, «Le culte impériale à Lyon au II^e siècle ap. J. C.», *Les martyrs de Lyon*, París, 1978, donde se apunta que en Lyon confluían los legados de tres provincias, la Lugdunense, la Aquitania y la Bélgica, para rendir culto al emperador, p. 116. Por otra parte, J. Churruca, en «Observaciones sobre el proceso contra los cristianos de Lyon», *Studi Biscardi*, Milán, 1982, vol. 3, sostiene que fue un tumulto de carácter popular lo que provocó las muertes de Lyon, pp. 245 y ss.

** N. Santos-M. García, «Mártires cristianos del siglo II», *MHA*, 13-14 (1992-1993), pp. 111-127, donde cita, entre otros mártires del siglo II, al papa Telesforo, a Sinforosa y a sus siete hijos: Crescente, Juliano, Nemesio, Primitivo, Justino, Estracteo y Eugenio. S. Ronchey, «Gli atti dei martiri tra politica e letteratura», en *L'età tardoantica. I luoghi e la culture*, vol. II, Turín, 1993, pp. 781-827. N. Santos-M. García, «Los primeros mártires cristianos de la Iglesia africana», *MHA*, 15-16 (1994-1995), pp. 291-301, donde se apunta que la manzanza de cristianos en África se debió a la crueldad del legado Vigelio Saturnino. Huyendo de África llegaron a Hispania, disfrazados de mercaderes, los primeros cristianos, entre otros Félix y Cucufate. El *Breviario de la Diócesis de Barcelona* describe a Cucufate como africano, nacido en Scillis y desde allí huyó a Barcelona, según A. Tovar-J. M. Blázquez, *Historia de la Hispania Romana*, Madrid, 1975, p. 187. Las *Actas* de los mártires de Scillis las estudió R. Freudenberg, «Die Akten der scillitanischen Märtyrer als historische Dokument», *WS*, 7 (1973), pp. 196 y ss., así como E. Corsaro, «Note sugli *Acta martyrum scillitanorum*», *ND*, 1956, pp. 5 y ss.

En el 167 Marco Aurelio se tomó muy a pecho la restauración religiosa de la tradición de los dioses olímpicos del pasado, así como la reforma moral de los habitantes del Imperio. Esta decisión de filósofo y emperador, creo, debió de tener mucho que ver con el discurso anticristiano de Frontón ante el Senado romano. Así pues, tal discurso debió ser pronunciado en el año 166, o bien a inicios del 167 d. C. No hay datos históricos posteriores al 166 en los fragmentos que se pueden reconstruir del discurso de Frontón. Pues, en efecto, un discurso tan «virulento», al decir de Frassinetti, no se conservó. Se supone que la censura cristiana posterior lo destruyó. Pero su contenido está en el *Alezés Logos* de Celso y en la primera parte del *Octavius* de Minucio Félix, quien expresamente cita a Frontón, llamándole *Cirtensis noster*, pues ambos eran originarios de Cirta²¹ en el norte de África. Pero, analizando piezas y fragmentos, Frassinetti²² llega a concluir que, para la defensa de la religiosidad tradicional, Frontón quiso imitar la figura y papel de Catón el Censor, cuando defendió en el Senado la propuesta de un decreto contra las bacanales. Ello se materializó en el *Senatusconsultum de Bacchanalibus*²³ del año 186 a. C., conservado en un bronce hoy en el Museo de Viena. Se trata de la inscripción 581 del volumen I del *CIL* (*Corpus Inscriptionum Latinarum*, iniciado por Hübner). Es Tito Livio²⁴ quien retrata a Catón. Así pues, Frontón bebió en Livio, de la misma manera que Minucio Félix, a su vez, bebió en Frontón para pintar a Cecilio atacando al cristianismo. Frontón, un estilista partidario del arcaísmo, quería ser otro Catón. Catón²⁵, haciendo aprobar el *Senatusconsultum de Bacchanalibus*, pretendía salvar la religiosidad tradicional de las orgías y excesos del populo. Y como él, Frontón pretendía salvar la religión

tradicional de Zeus olímpico, de los desvaríos y orgías de los cristianos. Frontón era un pagano devoto y ferviente seguidor de los dioses oficiales, que sólo trataba de librar al Imperio de una posible conjura. Pero el pagano Cecilio, en la obra de Minucio Félix, es un filósofo escéptico que amalgama todas las pruebas posibles contra los secuaces del cristianismo.

Luciano y su burla del cristianismo

Luciano fue amigo de Celso, y ambos compartían su oposición al cristianismo. Luciano, con sus ochenta obras escritas, hizo mucha mella en el ambiente cultural de la segunda parte del siglo II d. C. Además, fue un viajero incansable por todos los rincones del Imperio, pronunciando discursos de aparato, como era típico de los rhetores de la segunda sofística*. Fue la segunda sofística un movimiento cultural, en donde figuraban, entre otros: Nicetas de Esmirna, que fue el fundador, Herodes Ático, Elio Arístides, Favorino de Arlés, Dión de Perusa, Apolodoro, Filón de Alejandría, Máximo de Tiro, Libanio, Himerio y Plutarco de Queronea, que sin duda fue el más importante de todos ellos. Algunos de

* Fue Filóstrato quien acuñó el término en su libro *Vida de los Sofistas* (Gredos, Madrid, 1998, en castellano). Es Filóstrato también el autor de la famosa obra *Vida de Apolonio de Tiana* (Gredos, Madrid, 1992). La *Vida de Apolonio* era utilizada como talismán por cuantos se oponían a los cristianos, diciendo que ésa sí era una vida maravillosa y no la que se narraba en los Evangelios de los cristianos. Apolonio vivió cien años (3 a. C.-97 d. C.); había nacido en Tiana, ciudad de la Capadocia, y estudió en Tarso, donde tal vez coincidió con Saulo, el futuro San Pablo.

ellos, que fueron contemporáneos de Luciano, fueron también sus amigos.

La mayoría de los escritos de Luciano se basan en el mundo real de su época. Cultivó la oratoria de aparato y el aticismo formal. Sus largos viajes por la ecumene, Galia, Italia, Grecia, Asia Menor, Egipto, Siria, dan fe de su espíritu inquieto, siempre dispuesto a la réplica, al decir de Lesky²⁶ y otros autores. Su pensamiento se mueve en ambientes cínicos, tal como reflejan obras suyas tales como *El diálogo de los dioses*, *El diálogo de los muertos*, *El diálogo de las cortesanas*, *El diálogo de los dioses marinos*, donde se burla de la religión y del orden establecido. En estas obras florece el sarcasmo y prolifera la crítica dura²⁷. Luciano, a modo de *divertimento*, un tanto jocoso por cierto, dedicaba sus obras a sus colegas y amigos, tales como Sabino, Cronio, Arriano, Herodes Ático o Celso. Hacia el año 200 conocía sus obras Ateneo. Y en el siglo IV lo cita el cristiano Lactancio y el pagano Eunapio, pero lo silencia Filóstrato al hablar de la segunda sofística*. Es decir, que hubo un cierto complot para silenciar a Luciano, como si molestara su burla excesiva y su sarcasmo desmedido.

* La segunda sofística nace en la Jonia: Esmirna, Éfeso, Pérgamo y Mileto; desde Jonia este movimiento cultural, basado en el culto a la retórica, pasó a Atenas, y de aquí a Roma. Era un movimiento en apariencia modernista y con sabor revolucionario, pero en el fondo estaba ligado al culto y retorno a la vieja tradición de siglos y se complace en los tópicos y la mezcla de géneros para mayor gloria y ornato de la retórica. De ahí que Luciano se recree en las citas de autores antiguos, como vimos en la nota anterior. Ahí se forjó Luciano, un cínico con sabor epicúreo, sin dejar de ser en cierto modo escéptico. Ello explica sus ataques contra casi todas las formas de vida y todas las creencias religiosas, sin excluir al cristianismo.

Ataca Luciano la locura y la corrupción de los ricos: tal es la suprema sabiduría de su obra titulada *Menipo*²⁸. En el *Eunuco* describe con toda su mezquindad, que en nada desmerece los momentos actuales, la disputa por una cátedra en la Atenas del año 176 d. C. Pero es en *La Muerte de Peregrino* donde mejor insiste en la lucha contra lo irracional, al decir de Albin Lesky²⁹. Y es precisamente esta obra la que más nos interesa por su crítica burlesca y severa contra el cristianismo. Vimos que el mártir cristiano Justino se había pasado del estoicismo al cristianismo³⁰. Pues bien, Peregrino es un filósofo cínico, que se pasó a la secta de los cristianos; y lo hizo interesadamente, para así poder vivir a su costa, aprovechándose de las bondades de la caridad cristiana; Peregrino mató a su padre y fue encarcelado; sus hermanos de la secta cristiana le costearon el proceso judicial y le visitaban en la cárcel día y noche. Parecía fácil vivir a costa de la caridad cristiana; pero sus hermanos de secta le abandonaron, en cuanto vieron que no cumplía con exactitud las normas establecidas por la comunidad cristiana. Así que, viéndose abandonado de todos, Peregrino³¹ se suicida teatralmente en Olimpia, quemándose en una pira. Corría el año 165, pues Luciano está contando una historia real y verídica. Sin embargo, Jedin* no ve mucha peligrosidad en la pintura burlesca e irónica que Luciano hace de los cristianos, pues textualmente escribe lo siguiente:

* H. Jedin, *op. cit.*, Barcelona, 1980, p. 260. Añade Jedin en la página siguiente que Luciano en sus numerosos viajes pudo conocer y hablar con muchos cristianos aquí y acullá. Pero su mirada ligera se quedaba en lo que pudiera ayudar a la risa y al efecto cómico, que era lo que le interesaba para su obra. Por eso su conocimiento del cristianismo se quedó en lo superficial.

De *Morte Peregrini* no puede, en rigor, entenderse como polémica. Ese espíritu burlón que, con aguda pluma, tan fácil y ligeramente sabe pintar las flaquezas de su prójimo para risa de su tiempo, no siente odio contra los cristianos. Luciano no ve en ellos un peligro para el Estado ni para el orden público, de ahí que desdeñe propalar los cuentos de horror que circulaban sobre los cristianos.

El suicidio final de Peregrino de manera teatral en Olimpia, lugar de tantas resonancias para el mundo antiguo, prueba la inclinación del cinismo³² hacia la religiosidad. También Ruiz Bueno³³ narra la muerte de Peregrino, señalando la inclinación del rhétor Luciano hacia el epicureísmo, aunque sin abandonar su simpatía hacia el cinismo. Algo similar le debía pasar a Peregrino: era un cínico, que pretendía vivir como epicúreo, pero a cuenta de los bondadosos y crédulos cristianos. «Los hábitos mendicantes y vagabundos, con el bastón y la alforja, eran propios tanto del santón como del histrión», escribió García Gual en su libro sobre la *Secta del Perro*. No falta quienes, como Helm, han calificado a Luciano como un «nihilista»³⁴. Pero Alsina³⁵ cree que Luciano adopta una actitud vital cínica y que desde ella fustiga los defectos humanos «simplemente con las armas del escritor». Otros como Gallavotti y Chapman sostienen que para Luciano la verdadera preocupación e incluso su preocupación fundamental fue la filosofía³⁶. Matizan, en cambio, otros autores, sugiriendo que Luciano sí ha sentido la tentación filosófica³⁷, pero de una forma superficial, sin haber experimentado «la conversión a la Filosofía» de la que otros, como Gallavotti y Chapman, hablaron. Pero Caster insiste en que Luciano es un verdadero filósofo epicúreo³⁸, pese a gustar de temas cínicos, coin-

ciendo así, en cierto modo, con la opinión de Alsina³⁹. Por lo demás, Luciano compartía principios cínicos elementales, tales como «la virtud está en los hechos» o como «es propio del sabio el conversar consigo mismo», o aquella sentencia que rezaba así: «la educación es al alma lo que la gimnasia al cuerpo».

Los seguidores de Apolonio de Tiana

Durante el siglo II d. C. hubo, a lo largo y ancho del Imperio Romano, muchos más admiradores y seguidores de Apolonio que de Cristo. Había sido Apolonio un personaje fabuloso de vida maravillosa y ejemplar. Nació en Tiana, en la Capadocia, hacia el año 3 a. C., y a los catorce años estudiaba en Tarso, la patria natal de Saulo, el futuro Pablo, donde tal vez se conocieron. Luego completó su formación en Egea, donde vivió en el templo de Asclepios*, dios de la medicina; allí los sacerdotes del templo eran a la vez médicos. Allí Apolonio aprendió mucho sobre el arte de curar. Recorrió varias ciudades de la Jonia y Antioquía. Era un joven de gran belleza y de prodigiosa memoria. Viajó por las ciudades del Imperio Romano, siempre rodeado de discípulos y admiradores. En Éfeso previno a sus habitantes de una

* Asclepios era hijo de Apolo y de Coronis. Por ser Coronis infiel a Apolo, este dios la destruyó, pero salvando al niño que llevaba en su vientre; se lo entregó al centauro Quirón para que lo criase y educase. Quirón enseñó a Asclepios el arte de la medicina. Otras fuentes cuentan que Coronis se fue de casa para ocultar su embarazo a sus padres; tras dar a luz a Asclepios, lo dejó abandonado en Epidauró, donde luego se asentó su más famoso santuario y centro hospitalario.

plaga. Curó a muchos con el tacto de sus manos. Podía alejar demonios y ver a través del tiempo y del espacio. Predicaba a la multitud en los atrios y en las escalinatas de los templos. Quedan de él setenta y siete *Cartas* y «escribió sobre todo tipo de asuntos neopitagóricos, entre otros una *Vida de Pitágoras*»⁴⁰, hoy perdida. Adriano (117-136) poseía una nutrida colección de cartas de Apolonio, que iba comprando a cualquier precio en sus numerosos viajes por las ciudades del Mediterráneo, y en especial de Jonia, Egipto y Oriente, en donde Apolonio había dejado discípulos, amigos y corresponsales, y sobre todo en Atenas, Esmirna, Éfeso, Alejandría y Antioquía. Cabe recordar el perfil liberal, e incluso bondadoso del emperador hispano Adriano nacido en Itálica, junto a la actual Sevilla. Getulio Serenio, procónsul de Asia, escribe a Adriano, preguntándole por normas a seguir con los cristianos. La respuesta del emperador ha sido incluida por Justino en un Apéndice de su *Apología*⁴¹. Y era así la famosa *Rescriptio* de Adriano:

Un no tajante a cualquier denuncia anónima.
No a peticiones de castigos con tumultos o gritos.
Toda denuncia debe ser individual y debidamente firmada.
Sólo así los cristianos podrán ser llevados ante los tribunales.
Si se demuestra que han incumplido la ley, el gobernador remitirá la sentencia correspondiente⁴².

Así pues, Adriano era un admirador de la figura de Apolonio de Tiana, como prueba el hecho de que compraba y coleccionaba sus cartas. Sin duda, le parecía una figura más atractiva que Cristo. Pero, como a Trajano, tampoco le parecía justo perseguir a los cristianos por el hecho de serlo.